

## CAPÍTULO II

### LA LLANURA DEL SILENCIO

Soy un hombre viejo. Vivo en esta antigua casa rodeada de inmensos jardines descuidados.

Los campesinos que habitan los parajes de más allá dicen que estoy loco. Eso es porque no tengo ningún trato con ellos. Vivo aquí solo con mi vieja hermana, que también es mi ama de llaves. No tenemos sirvientes: me molestan. Tengo un amigo, un perro; sí, prefiero a mi viejo *Pepper* antes que a todo el resto de la Creación. Él, al menos, me comprende y es lo bastante sensato para dejarme solo cuando estoy de mal humor.

He decidido empezar a escribir una especie de diario. Me permitirá recordar algunas de las ideas y sentimientos que no puedo contarle a nadie; pero, más allá de eso, estoy ansioso por registrar las cosas extrañas que he oído y visto durante todos estos años de soledad en este viejo e insólito edificio.

Durante un par de siglos, esta casa ha tenido mala reputación, y hasta que la compré nadie había vivido en ella durante más de ochenta años; en consecuencia, obtuve la vieja finca por un precio ridículamente bajo.

No soy supersticioso, pero he dejado de negar que en esta vieja casa ocurren cosas: cosas que no puedo explicar; y, por lo tanto, necesito sosegar mi mente escribiendo y tomando buena nota de ellas lo mejor que sepa; aunque si algún día



alguien leyera esto, mi diario, el lector no haría sino menear la cabeza con la convicción de que estaba loco.

¡Qué antigua es esta casa! Aunque su antigüedad sorprende menos, quizá, que lo pintoresco de su construcción, que es curiosa y fantástica en grado superlativo. Predominan en ella las pequeñas torres y pináculos curvos cuyos contornos sugieren agitadas llamas, mientras que el cuerpo del edificio tiene forma circular.

He oído que hay una vieja historia que cuenta la gente del campo y que dice que fue el diablo quien construyó la casa. Que sea como quiera. Verdadero o falso, ni lo sé ni me importa, salvo que debió contribuir a abaratar la propiedad antes de llegar yo.

Debí de vivir aquí unos diez años antes de que pudiera ver lo suficiente para confirmar o no las historias sobre la casa que corrían entre la vecindad. Es verdad que había visto vagamente, al menos una docena de veces, cosas que me sorprendían, y quizá más que ver las había percibido. Luego, a medida que los años pasaban y mi edad crecía, empecé a ser consciente de algo invisible pero inequívocamente presente en las habitaciones y los pasillos vacíos. Aun así, como he dicho, pasaron muchos años antes de que viera alguna manifestación real de algo, por llamarlo así, sobrenatural.

No era Halloween. Si estuviera contando una historia para entretener, probablemente la situaría en esa noche de las noches, pero esto es el relato real de mis propias experiencias y no pienso empuñar la pluma para entretener a nadie. No. Fue después de la medianoche, en la madrugada del 21 de enero. Yo estaba sentado leyendo en mi estudio, como es mi costumbre. *Pepper* estaba tumbado cerca de mi asiento, durmiendo.

Sin ningún aviso, las llamas de mis dos velas se atenuaron y empezaron a brillar con un abominable resplandor verde. Alcé la vista rápidamente y, al hacerlo, vi que las llamas asu-

mían un apagado tinte rojizo, de modo que la estancia resplandecía en un extraño y pesado crepúsculo carmesí que daba a las sombras, tras las sillas y las mesas, una profunda negrura aún mayor; y cada vez que la luz temblaba era como si se hubiera derramado sangre luminosa sobre el cuarto.

Desde el suelo me llegó un ligero gemido de miedo y algo se apretó entre mis dos pies. Era *Pepper*, que se escondía bajo mi bata. ¡*Pepper*, que normalmente era más valiente que un león!

Creo que fue ese movimiento del perro lo que me provocó la primera punzada de *auténtico* miedo. Me había sorprendido considerablemente cuando las llamas se volvieron primero verdes y luego rojas, pero mi impresión había sido que el cambio se debía a la entrada en la estancia de algún gas nocivo. Ahora, sin embargo, comprendí que no era eso, pues las velas ardían con una llama firme y no mostraban signos de ir a apagarse, como hubiera sido el caso si el cambio se debiera a los vapores de la atmósfera.

Me quedé quieto. Estaba claramente asustado, pero no podía pensar en nada mejor que esperar. Durante quizá un minuto paseé la vista por la estancia, nerviosamente. Entonces me di cuenta de que las llamas empezaban a apagarse muy despacio hasta mostrar únicamente diminutas fosforescencias de fuego rojo, como destellos de rubíes en la oscuridad. Aun así, permanecí mirando, mientras una especie de ensoñadora indiferencia parecía apoderarse de mí y se desvanecía al mismo tiempo el miedo que había empezado a atenazarme.

Al otro extremo de la enorme y antigua sala percibí un débil resplandor. Éste fue creciendo incesantemente, llenando la estancia con el brillo de una temblorosa luz verde; luego se apagó rápidamente y cambió —al igual que lo habían hecho las velas— para convertirse en un profundo y som-



brío carmesí que se iba haciendo más potente y que inundó la sala con un terrible esplendor.

La luz provenía de la pared del fondo y se iba volviendo más brillante hasta que su intolerable fulgor me produjo un agudo dolor en los ojos y los cerré involuntariamente. Pasaron varios segundos hasta que fui capaz de abrirlos de nuevo. Lo primero que percibí fue que la luz había disminuido en gran parte, de manera que ya no me hacía daño a la vista. Luego, cuando se fue haciendo aún más mortecina, me di cuenta de repente de que, en vez de mirar la rojez, estaba mirando a través de ella y a través de la pared de más allá.

Poco a poco, a medida que me iba acostumbrando a la idea, me percaté de que estaba contemplando una vasta llanura iluminada por el mismo crepúsculo plomizo que invadía la estancia. La inmensidad de esa llanura era casi inconcebible. No pude percibir por ninguna parte sus confines. Parecía ensancharse y expandirse, de modo que el ojo era incapaz de abarcar sus límites. Lentamente, los detalles de las partes más cercanas empezaron a hacerse más nítidos; luego, casi en un momento, la luz se apagó y la visión —si era una visión— se desvaneció y ya no estaba.

De pronto fui consciente de que ya no estaba sentado en mi asiento. Parecía suspendido sobre él y miraba algo borroso que había abajo, arrebuñado y en silencio. Al poco, una fría ráfaga me arrebató y me vi afuera, en mitad de la noche, flotando como una burbuja a través de la oscuridad. Mientras me desplazaba, un frío helado pareció envolverme y me estremecí.

Al cabo de un rato miré a derecha y a izquierda y vi la intolerable negrura de la noche, acribillada por remotos fulgores de fuego. Seguía moviéndome hacia adelante y hacia arriba. En cierto momento miré a mi espalda y vi la tierra, una pequeña media luna de luz azul que se alejaba por mi

izquierda. Aún más lejos, el sol, una salpicadura de llamas blancas, ardía vivamente recortándose contra la oscuridad.

Pasó un periodo de tiempo indefinido. Luego, por última vez, vi la tierra: una imperecedera gota de radiante azul nadando en una eternidad de éter. Y yo, un frágil copo de polvo esencial, avanzaba trémula y silenciosamente a través del vacío, desde el lejano azul hacia la extensión de lo desconocido.

Pareció pasar un largo intervalo y ahora no podía ver nada por ninguna parte. Había ido más allá de las inmóviles estrellas y me había sumergido en la inmensa oscuridad que espera al otro lado. Todo ese tiempo apenas había experimentado otra cosa que una sensación de ligereza y frío malestar. Ahora, en cambio, la atroz oscuridad parecía haber reptado hasta mi alma y me llené de miedo y desesperación. ¿Qué iba a ser de mí? ¿A dónde iba? Mientras esos pensamientos se formaban, un borroso matiz de sangre tiñó la impalpable oscuridad que me envolvía. Parecía extraordinariamente remoto, como una neblina; pero, de pronto, la sensación de opresión se aligeró y ya no sentí desesperación.

Lentamente, la lejana rojez se volvió más clara y más grande hasta que, mientras yo me iba acercando, se derramó en un gran resplandor sombrío, opaco y tremendo. Seguí volando hacia allí y muy pronto me había acercado tanto que pareció extenderse por debajo de mí, como un gran océano rojo y lúgubre. Apenas veía nada, salvo que se extendía interminablemente en todas direcciones.

Más adelante me di cuenta de que estaba descendiendo sobre aquello; y enseguida me sumergí en un enorme mar de silenciosas nubes de tono rojizo. Lentamente, emergí de ellas y, por debajo, contemplé la formidable llanura que había visto en mi estudio de esa casa que se alza sobre las fronteras de los Silencios.

No tardé en aterrizar y ponerme en pie, rodeado por un gran páramo de soledad. Un crepúsculo plomizo iluminaba todo el lugar produciendo una impresión de desolación indescriptible.

A mi derecha, lejos, dentro del cielo, ardía un gigantesco anillo de opaco fuego rojo, desde cuyo borde exterior se proyectaban enormes llamas retorcidas, agitadas y filosas. El interior del anillo era negro, negro como la penumbra de la noche exterior. Comprendí al momento que la lúgubre luz del lugar procedía de aquel sol extraordinario.

Aparté la vista de aquella extraña fuente de luz y la dirigí de nuevo a lo que me rodeaba. A donde quiera que mirase sólo veía la misma interminable y agobiante llanura. En ninguna parte pude vislumbrar el menor vestigio de vida, ni siquiera las ruinas de alguna antigua construcción.

Poco a poco, percibí que avanzaba flotando a través de aquel extenso páramo. Durante lo que pareció una eternidad, seguí avanzando. No era consciente de sentir la menor impaciencia y sí cierta curiosidad y un inmenso asombro que no dejaron de acompañarme. En todo momento veía a mi alrededor la anchura de la enorme llanura y no dejaba de buscar algún elemento que rompiera su monotonía; pero no hubo cambios: sólo soledad, silencio y desierto.

Enseguida, apenas conscientemente, me di cuenta de que había una vaga neblina de tono rojizo que se extendía sobre su superficie. De todos modos, cuando miré más atentamente fui incapaz de decidir si era realmente neblina, ya que parecía mezclarse con la llanura, produciendo una peculiar irrealidad que transmitía a los sentidos una impresión de inconsistencia.

Gradualmente, empecé a cansarme de aquella monotonía. Sin embargo, transcurrió un largo espacio de tiempo antes de percibir algún indicio del lugar hacia el que estaba siendo conducido.



Al principio, lo que vi, muy lejos, fue algo así como una alargada colina sobre la superficie de la Llanura. Luego, al ir acercándome, descubrí que me había equivocado, porque en vez de una colina baja ahora veía una cordillera de grandes montañas cuyas distantes cumbres se alzaban en la penumbra rojiza hasta casi perderse de vista.

### CAPÍTULO III

#### LA CASA DE LA ARENA

Y así, al cabo de un tiempo, llegué a las montañas. Entonces el curso de mi trayectoria se alteró y empecé a desplazarme a lo largo de la base de la cordillera hasta que, de pronto, vi que había llegado ante una vasta hendidura abierta en las montañas. Fui arrastrado a través de ella a no mucha velocidad. A cada lado se alzaban escarpadas paredes de una sustancia parecida a la roca. Por encima, muy lejos, discerní una delgada franja de rojo donde se abría la boca de la sima, entre cumbres inaccesibles. En el interior todo era sombrío, profundo y lúgubre e imperaba un escalofriante silencio. Durante un rato avancé incesantemente y luego, por fin, vi ante mí un profundo resplandor rojo que me indicaba que estaba cerca de la salida del desfiladero.

Pasó un minuto y otro y me encontré a la salida de la sima, donde contemplé un enorme anfiteatro de montañas. Sin embargo, apenas me paré a pensar en las montañas o en la terrible grandiosidad del lugar, pues me sentí lleno de asombro y confusión al divisar, a una distancia de varios kilómetros y ocupando el centro mismo del círculo, una formidable estructura aparentemente construida con jade verde. Sin embargo, propiamente, no fue el descubrimiento del edificio lo que me causó estupor sino el hecho, que se iba haciendo más patente a cada minuto, de que la solitaria estructura no se diferenciaba en nada, salvo en el color y en su enormidad, de esta misma casa en la que vivo.



CABROL

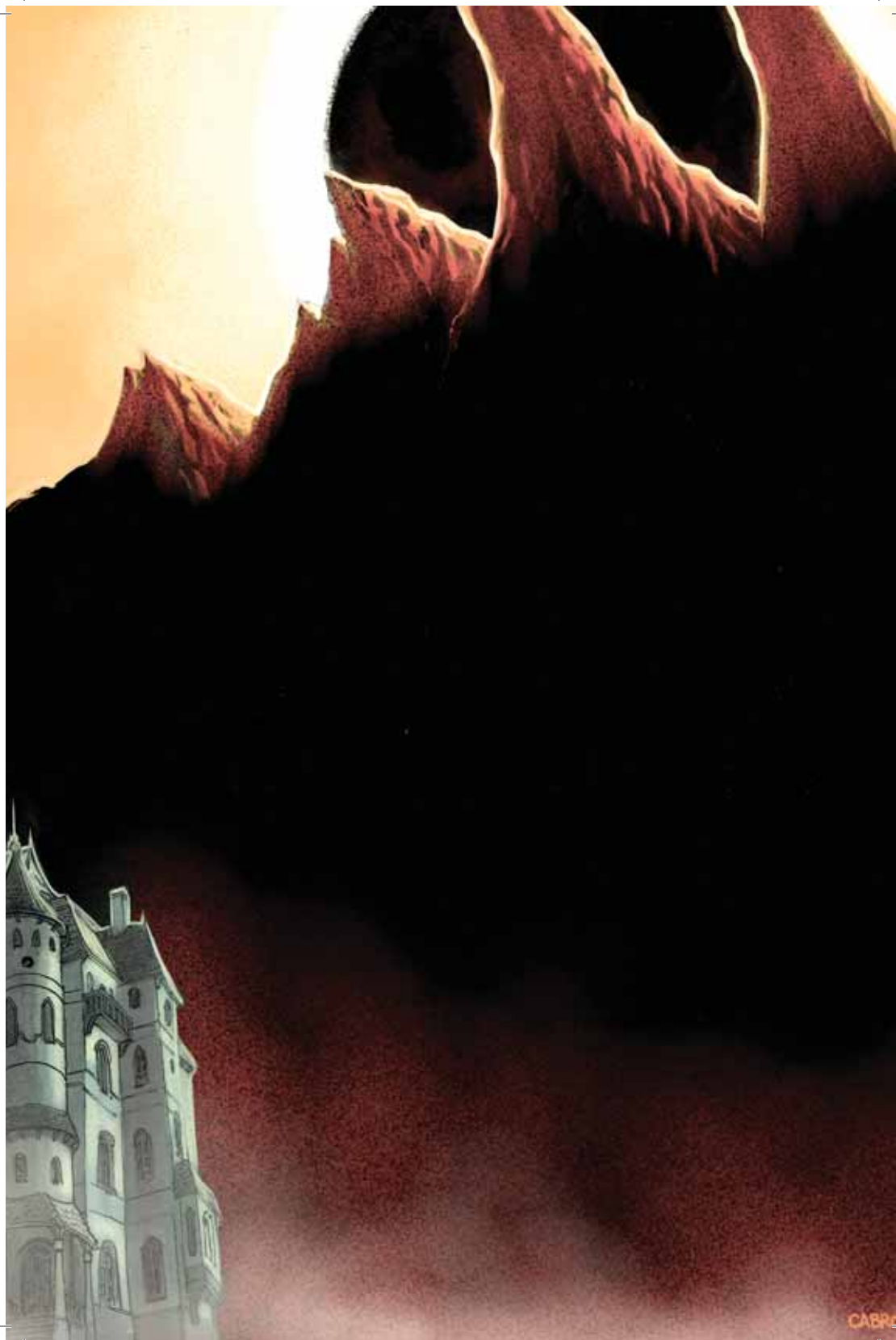
Durante un buen rato me quedé mirándola fijamente. Aun así, apenas podía creer que no me equivocaba. Mi mente formulaba incesantemente una pregunta: «¿Qué significa esto?», «¿Qué significa esto?», y fui incapaz de hallar una respuesta ni siquiera en lo más profundo de mi imaginación. Sólo era capaz de sentir asombro y miedo. Seguí contemplándola mucho más tiempo, descubriendo continuamente algún nuevo signo de familiaridad. Finalmente, agotado y extremadamente perplejo, aparté la vista para examinar el resto del extraño lugar en el que había irrumpido.

Hasta ese momento había estado tan absorto en mi escrutinio de la Casa que apenas había echado un somero vistazo a lo que me rodeaba. Ahora, al mirar con más calma, empecé a percibir a qué tipo de lugar había llegado. La arena, pues así lo había llamado, tenía una forma circular perfecta, con un diámetro de unos quince o dieciséis kilómetros y la Casa, como ya he mencionado, justo en el centro. La superficie, como la de la Llanura, presentaba una peculiar apariencia neblinosa, si bien aquello no era niebla.

Tras un rápido examen, mi mirada se alzó rápidamente a las laderas de las montañas circundantes. Qué silenciosas eran. Creo que esa misma quietud abominable me atormentaba más que cualquier otra cosa que hasta ahora hubiera visto o imaginado. Contemplé los grandes riscos que se alzaban altivos. Allá arriba, la rojez impalpable daba una apariencia de imprecisión a todo.

Y entonces, mientras seguía mirando, un nuevo terror se apoderó de mí, pues en lo alto de los borrosos riscos, a mi derecha, había divisado una vasta forma oscura que parecía un gigante. Fue creciendo ante mis ojos. Poseía una enorme cabeza que parecía de burro, con gigantescas orejas, y parecía mirar fijamente en dirección a la arena. Había algo en su actitud que producía la impresión de una vigilancia eterna, de haberse atrincherado en aquel lúgubre espacio du-





rante ignotas eternidades. Lentamente, el monstruo se me fue haciendo más nítido; y entonces, de repente, mis ojos saltaron a algo más lejano y más alto entre los riscos. Durante un largo minuto no dejé de mirar, lleno de miedo. Era extrañamente consciente de algo no del todo desconocido, como almacenado en un rincón de mi memoria. La criatura era negra y poseía cuatro brazos grotescos. Sus rasgos se mostraban borrosamente. Alrededor del cuello descubrí varios objetos de color claro. Poco a poco, fueron surgiendo los detalles y me di cuenta, con un estremecimiento, de que eran calaveras. Mucho más abajo del cuerpo le rodeaba otro cinturón que parecía menos oscuro en contraste con el tronco negro. Entonces, mientras me rompía la cabeza para averiguar qué era aquella criatura, un recuerdo se deslizó en mi mente y de inmediato supe que estaba contemplando una monstruosa representación de Kali, la diosa hindú de la muerte.

Me vinieron a la cabeza otros recuerdos de mis lejanos días de estudiante. Mi mirada no se apartaba del Ser de enorme cabeza. Simultáneamente lo reconocí como el dios Set, o Seth, del antiguo Egipto, el Destructor de Almas. Con ese conocimiento sobrevino un cúmulo de preguntas. «¡Dos de...!». Me detuve y me esforcé en pensar. Seres más allá de mi imaginación atisbaban en mi mente asustada. Lo vi, oscuramente. «¡Los antiguos dioses de la mitología!». Traté de comprender hacia dónde apuntaba todo aquello. Mi mirada, en un parpadeo, fue de uno al otro. «Si tan solo...».

De pronto se me ocurrió una idea y me volví y miré rápidamente hacia arriba, oteando los lúgubres riscos hacia mi izquierda. Algo acechaba bajo un gran pico, una forma grisácea. Me pregunté por qué no la habría visto antes y luego recordé que aún no había mirado hacia aquella zona. Ahora la veía más claramente. Era, como he dicho, gris. Tenía una cabeza fabulosa pero sin ojos. Esa parte de su rostro estaba vacía.





Ahora podía ver que había otras criaturas allá arriba entre las montañas. Más allá, reclinada sobre un elevado saliente, distinguí una masa amoratada, irregular y malsana. Parecía no tener forma, salvo por un rostro impuro, mitad animal, que miraba vilmente desde alguna parte de su mitad. Y luego vi a otros: había cientos de ellos. Parecían crecer de las sombras. A varios los reconocí casi inmediatamente como deidades mitológicas; otros me resultaban desconocidos y me eran profundamente extraños más allá de cualquier concepción humana.

Miraba a cada lado y no dejaba de ver más, continuamente. Las montañas estaban llenas de extrañas criaturas: Dioses-bestia y Horrores tan atroces y salvajes que la posibilidad y la decencia se negaban a cualquier intento de describirlos. Y yo..., yo estaba abrumado por una terrible sensación de horror inconmensurable y miedo y repugnancia. Pero, a pesar de eso, mi asombro no conocía límites. ¿Así que, después de todo, había algo en los antiguos cultos paganos, algo más que simples deificaciones de hombres, animales y elementos? Ese pensamiento se apoderó de mí: ¿lo había?

Más tarde, la pregunta siguió resonando: ¿qué eran esos Dioses-bestia y los demás? Al principio me habían parecido sólo Monstruos esculpidos, situados indiscriminadamente entre riscos y precipicios inaccesibles de aquellas montañas que me rodeaban. Ahora, mientras los examinaba con mayor atención, mi mente empezó a buscar nuevas conclusiones. Había algo en ellos, una especie de indescriptible y muda vitalidad, que sugería a mi dilatada conciencia un estado de vida-en-la-muerte: algo que no era en modo alguno vida, tal como la entendemos, sino más bien una forma inhumana de existencia que bien podía parecerse a un trance inmortal: una condición en la que resultaba posible imaginar su continuidad eternamente. «¡Inmortales!». La palabra resonó en mi mente sin poder evitarlo; e inmediatamente fui a preguntarme si ésta sería la inmortalidad de los dioses.

Y entonces, en medio de mi estupefacción y de mis cavilaciones, sucedió algo. Hasta ese momento yo había permanecido quieto, cobijado entre las sombras de la salida del gran desfiladero. Ahora, sin la menor intervención de mi voluntad, fui sacado de la semipenumbra y empecé a desplazarme lentamente a través de la arena... hacia la Casa. Al darme cuenta, dejé de prestar atención a aquellas prodigiosas Formas de las alturas y sólo pude contemplar, aterrorizado, la fabulosa estructura hacia la que era conducido implacablemente. Sin embargo, y aunque la examinaba ansiosamente, no pude descubrir en ella nada que no hubiera visto ya, así que fui calmándome poco a poco.

Enseguida alcancé un punto más o menos intermedio entre la Casa y el desfiladero. Todo lo que se extendía a mi alrededor era la inhóspita soledad del lugar y el silencio inquebrantable. Incesantemente, iba acercándome al enorme edificio. Entonces, de repente, algo atrajo mi atención, algo que salió rodeando uno de los enormes contrafuertes de la Casa y quedó ante mi vista. Era una criatura gigantesca que se movía de un modo curioso, dando grandes zancadas y casi erguida, como si fuera un hombre. No llevaba ropa y tenía una notable apariencia luminosa. Pero era el rostro lo que me atraía y me amedrentaba más. Era el rostro de un cerdo.

En silencio, miré fijamente a aquella horrible criatura y, por un momento, el interés por sus movimientos me hizo olvidar mi miedo. Caminaba pesadamente, rodeando el edificio, se detenía al llegar a cada ventana para mirar dentro y sacudía los barrotes que, igual que en mi casa, las protegían; y cada vez que llegaba a una puerta la empujaba y manoseaba la cerradura sigilosamente. Era evidente que estaba buscando una forma de entrar en la Casa.

Ya sólo me separaba de la gran estructura menos de quinientos metros, y aún seguía avanzando. Bruscamente, el



Ser se volvió y miró pavorosamente en mi dirección. Abrió la boca y, por primera vez, el silencio de aquel abominable lugar fue roto por una nota profunda y resonante que me llenó de miedo y aprensión. Entonces, de inmediato, me di cuenta de que venía hacia mí, rápida y silenciosamente. En un instante había cubierto la mitad de la distancia que nos separaba. Y yo seguía siendo llevado en su dirección, sin poder evitarlo. A sólo cien metros la brutal ferocidad del rostro del gigante me paralizó con una sensación de absoluto horror. Puede ser que gritase en el momento supremo de mi miedo; y entonces, en mitad del paroxismo de mi desesperación, fui consciente de estar mirando la arena desde una altura que aumentaba cada vez más. Ascendía y ascendía. En un momento impensablemente breve había alcanzado una altura de varias docenas de metros. Por debajo de mí, el punto desde el que me había elevado lo ocupaba ahora la Criatura-Cerdo. Se había puesto a cuatro patas y olfateaba y arañaba la tierra. Al momento se irguió sobre sus patas traseras y se estiró hacia arriba con una expresión de avidez en el rostro como yo no había visto otra en el mundo.

Seguía ascendiendo sin parar. Pasaron, al parecer, unos pocos minutos y ya me había elevado por encima de las grandes montañas, flotando solo en la rojez. Debajo, a una fabulosa distancia, la arena se volvía borrosa y la imponente Casa no parecía más grande que una pequeña extensión de césped. La Criatura-Cerdo ya no estaba a la vista.

Muy pronto pasé sobre las montañas y salí a la inmensa extensión de la llanura. Sobre su superficie, muy lejos, en dirección al sol con forma de anillo, se veía una mancha confusa. Miré hacia allí con indiferencia. En cierto modo me recordaba la primera visión que había tenido del anfiteatro-montaña.

Con una sensación de agotamiento, levanté la vista hacia el inmenso anillo de fuego. ¡Qué extraño era! Entonces,

mientras lo miraba, de su oscuro centro salió a chorro la súbita llama de un fuego extraordinariamente vigoroso. Comparada con el tamaño del centro negro, resultaba insignificante, pero en sí misma fabulosa. Con vivo interés, la contemplé atentamente, percatándome de su extraña ebullición y brillo. Luego, en un momento, se volvió borrosa e irreal y desapareció. Perplejo, bajé la vista a la Llanura de la que aún me estaba alejando. Al hacerlo recibí una gran sorpresa. La Llanura, todo, se había desvanecido y sólo se extendía por debajo de mí, muy lejos, un mar de bruma roja. Gradualmente, mientras lo contemplaba, se volvió más lejano y desapareció en un vago y remoto misterio rojo en la noche insondable. Un momento más e incluso este había desaparecido y me encontré envuelto en una penumbra impalpable, sin ninguna luz.